

# LA ONDINA DEL PLATA

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION {  
En su Imp.—Santiago del Estero 176. }

DIGICIDA POR {  
LUIS TELMO PINTOS }

APARECE LOS DOMINGOS {  
Precio de la suscripcion, 10 \$ al mes. }

## SUMARIO

Melancolia y tristeza, por Raymunda Torres y Quiroga—  
A la niña Consuelo Fuentes (poesia), por Una Oriental—  
Vision (poesia), por Tórtola—La servilleta, por \*\*\*—Mis ilu-  
siones (poesia), por Elisa Villarza—En familia: Mi primer  
hijo/traducido del frances), por Gustavo Drooz—Al poeta  
americano Numa Liema (poesia), por Rafael Obligado—Ecos  
de «La Ondina», por Adelfa—El Pira-flor (poesia), por Tobias  
Garzon—Revista General.

## MELANCOLIA Y TRISTEZA

Hay momentos en la vida en que el alma se  
siente inundada de una melancolia profunda,  
de una tristeza infinita; momentos en que sin  
podernos dar cuenta de lo que sentimos, de lo  
que experimentamos, nuestros ojos se arrasan  
de lágrimas y nuestra frente se inclina abatida.

¿Porqué lloramos? no lo sabemos. Las  
lágrimas son un misterio del corazon, un ¡ay!  
escapado del alma desgarrada.

Melancolia! Tristeza! hé ahí lo que siente  
el alma del que ha vivido mecido por las ilu-  
siones: hé ahí lo que le queda al alma  
dolorida.

\*\*\*

¡Sufrir! dulce reminiscencia del alma! El  
sufrir es heroico y sublime, pero el sufrir hasta  
la abnegacion, es martirizar el alma—es ago-  
nizar viviendo, y laagonia del espiritu es la  
situacion mas espantosa en que puede encon-  
trarse el ser humano!

¡Melancolia. Tristeza! compañeras inse-  
parables de la mujer.

—Yo os bendigo.....pero nó.....¿debo  
acaso maldeciros? No lo sé, mi lábio no se  
atreve á tanto.

Cuando mi alma está triste soy feliz, ¿cómo!  
dirá alguna de mis bellas lectoras: ser feliz

cuande se sufre: eso no deja de ser una  
paradoja. Y bien contestaré yo: hay dolores  
que causan placer, y alegrías que mortifican,  
amarguras que deleitan y alegrías que causan  
tristezas.

\*\*\*

La tristeza es una alegría del alma, os pare-  
cerá esto inverosímil pero no, no lo es. La  
tristeza del alma es un recuerdo eterno de la  
felicidad que se ha perdido para siempre; yo no  
sé.....pero.....el ¡ay! de un corazon  
desgarrado encuentra siempre éco en otro  
corazon que ha sufrido: ni por la imaginacion  
me habia pasado al escribir este mal borroneado  
artículo, escrito á *vuela pluma* si no hubiera  
leído el artículo de Sor Teresa de Jesús intí-  
tulado ¡Sueños y Esperanzas! y del cual trans-  
cribo este bellissimo párrafo: «Que triste és  
sentir la ceniza entibada adormeciendo el  
corazon enfermo, palpitante de melancólica  
amargura.»—

RAYMUNDA TORRES Y QUIROGA.

Noviembre de 1876.

## A LA NIÑITA CONSUELO FUENTES

Blanca, como la gota de rocío,  
Suave, como la brisa de la tarde,  
Pálida, como el humilde lirio,  
Pura, como la lágrima de un ángel.

Así es Consuelo,

Rico presente,

Ramo de azahares,

Que perfuma con fragante ausencia  
El alho seno de su amante madre.

UNA ORIENTAL.

Diciembre de 1876.

## VISION

Batió sus álas  
El alma tímida,  
Sus leves álas,  
Buscando á Dios :  
Hollaba sombras,  
Rasgaba nubes,  
De un astro plácido  
Corriendo en pos.

Acá una estrella,  
La blanca estrella  
Que en noches lúgubres  
Reverberó  
Sobre las ondas  
De su destino,  
Las tintas fúlgidas  
De la ilusion ;—

Allá una nube,  
La negra nube  
Que en lluvia un día  
Se desató!  
Lluvia de lágrimas,  
Riego de fuego,  
Gotas de sangre  
Del corazón !

Y el alma tímida  
Se estremecía,  
Pero volaba  
De sol en sol ;  
Siempre anhelante,  
Siempre creyente,  
Siempre mas lejos  
Buscando á Dios.

Cuando á su lado,  
Como un relámpago,  
De sus ensueños  
El ser pasó !  
Alas de águila  
Le remontaban :  
Eran del génio  
La inspiracion !

Y el alma tímida  
Plegó las álas,

Avergonzada  
De su ambicion.  
¿ A dónde iria,  
Sola y sin norte,  
Por los espácios  
Buscando á Dios ?

Cómo brillaba !  
Cómo subia !  
De nube en nube,  
De sol en sol,  
Aquel que un día  
Pasó á su lado  
Cual torbellino  
De inspiracion !

Y el alma misera  
Plegó las álas,  
Y hacía la tierra  
Bajó veloz . . .  
Ay ! le faltaban  
Las álas de águila  
Del ser soñado  
Del corazón !

## TORTOLA.

Buenos Aires, Noviembre de 1876.

## LA SERVILETA

Hé aquí un pedazo de trapo, de tela, del lienzo ó de mantel, que vá á darnos asunto, para zurcir, algo, que sin serlo, parezca artículo, sea por su forma, sea siquiera por aparecer en letras de molde.

La servilleta, utensilio complementario del mantel, data de tiempo inmemorial, y su uso se ha generalizado tanto, que casi no hay mesa en donde no se la encuentre, variando en sus dimensiones, en sus colores, en la calidad de su tela y en su estado de limpieza.

Es un adminículo indispensable para los comensales de todas las gerarquias; de todos los sexos, y especialmente del sexo barbudo, sobre todo, cuando éste gasta bigotes. Oh los bigotes! en la mesa particularmente, son la

pesadilla de las damas inglesas, porque estos intrusos, se permiten probar—antes que su señor y dueño,—de todos los líquidos, de todas las salzas, de todos los caldos; y si á esto se agrega, que el portador de los bigotes se halla atacado de una fluxion nasal ó catarral, entonces, santa Tecla! las pulcras señoras sufren atroces horripilaciones. Y, á fé! que tienen razon de más las damas inglesas para detestar los bigotes y desestimar á los que los llevan. De aquí, probablemente, el que sea tan raro ver un gentleman *embigotado*, á no ser que sea viajero ó soltero, ó aclimatado en las *Indias Orientales* ú *Occidentales*. Pues fuera de estos excepcionales casos, un gentleman *pur sang*, cuando no quiere andar mondo y lirondo, lo mas gasta, es un par de luengas hermosas y doradas *favoritas*, so pena de infringir las leyes de la desencia y del buen tono.

Vése pues, sin que de ello quepa *gerónimo* de duda, que si bien la servilleta es un accesorio conveniente para todos,—viene á ser necesario, indispensable, *intransigente* para el *bigotudo* ó la *bigotuda*, (pues conocemos mas de cuatro aeres femeninos de bigotes y aun patillas, que envidiarían y hasta comprarían, mas de cuatro barbilampinos, si comprarse pudiera barbas ó pelos que no sean postizos) y, en este concepto, mas que concepto, en la evidencia de este hecho, debemos insinuar é insinuamos, que cuando á alguien le ocurra tener por comensal á uno ó algunos individuos de esta especie, [desgraciadamente pertenecemos á ella] no vaya á cometer, por distraccion ú otra causa cualquiera, la omision de la servilleta, para con ellos, pues aparte de lo mortificados que se encontrarían, no lo estaria menos el anfitrión, ó los anfitriones, al ver esos bigotes convertidos en vertientes de caldo, de vino ó simplemente de agua; ó relucientes de grasa, como si acabasen de salir de manos de algun Figaro, que muy comun, poco avaro de su *brillantina*.

Hechas estas salvedades, entremos en el fondo de la cuestion.—el manejo de la servilleta. Oh! el manejo de eso trapo, tiene tres bemoles! Y entendemos que para algunos es materia de amor propio la colocacion ó modo de usar la servilleta, mientras que para otros no es mas que un preservativo contra los ataques á quemá-ropa, que está espuesta á sufrir

precisamente la *ropa* y para los mas, solo un medio de conservar los lábios y manos limpias.

Así pues, al sentarnos á una mesa, y para que el efecto sea completo aun cuando no hermosas, siquiera elegantes, deben encontrarse en ella algunas señoras. Entonces el contraste que ofrezcan las diversas evoluciones de los que se hallan armados de servilletas, establecerá la diferencia que en el uso de estas existe entre *ellos* y *ellas*, [no los contrastes y las evoluciones, sino las señoras y los caballeros.]

Sentemonos pues, de una vez, apercibiendonos al combate á que nos citan y emplazan los faisanes, las perdices, las pavas monteses y las liebres trufadas etc., y fijémonos en los medios de la defensa que se emplean, no porque no se tenga la seguridad de la victoria, sino por temor de algun rasguño por ligero que sea ó de recibir algunas gotas de sangre enemiga.

Hé allí, á la derecha de la señora de la casa, un caballero jóven, bello y esbelto, vestido de negro, con centro blanco, y que, segun todas probabilidades, despues de la comida, vá á concurrir á un TE ó sarao.

Este personaje tiembla á la sola idea, de que su vecino, el del frente, á quien corresponde destrozar y servir una hermosísima ave, pero de duros alones y, cubierta de abundantísima salsa; le envíe, aunque involuntariamente, á causa de pinchazo en falso,—ó bien la ave misma, ó en su defecto, un *chiagnete* de la sahrosa salsa.

Y estóncez, ay! de la albisima camisa, y del todavia mas alho chaleco.—Pero sabe, por propia experiencia, que hombre prevenido nunca fué vencido; y, por consiguiente, y para premunirse contra toda eventualidad, coge la servilleta que le ha sido destinada; despliega don desembarazo, colocándosela á la altura del cuello y bajo las solapas de la levita ó del frac; de tal suerte que nuestro hombre queda tan completamente blindado como si tuviera el peto de una armadura ó si quiera el de un ejercitante de esgrima ó de box. Pero, si este procedimiento le ofrece, por una parte, una segura garantia de invulnerabilidad,—por otra, le presenta un inconveniente, cual es, el de necesitar otra servilleta para darle el empleo á

que unicamente está ella destinada. Y como esto lo comprenden al momento los dueños de casa, se le hace proveer, por duplicado, del citado adminículo.

Ahora pensamos nosotros ¿no seria mas á propósito, para ésta clase de comensales, el uso de babadores ó mandiles, que podia ajustarse, por la espalda, la niñera de la casa?

Allado de la niña ó de la heredera, hállase un apuesto mancebo, con pretensiones mas que amistosas y que son de adivinarse. Este caballero no está en traje de etiqueta, sino en el que han dado en llamar modestamente, de *medio de vestir*; con todo, el chaleco negro es tan abierto, que la pechera de fina batista, que deja indefensa, corre sérios peligros; su extraordinaria pureza, se halla á pique de ser maculada. En caso semejante, como el peligro no amenaza mas que á medias, se prescindir de la coraza y se hace uso simplemente del *cardete*, esto es, se ajusta de cualquier modo, en el cuello, una esquina de la servilleta dejando que flote el resto; flotar no, porque es de suponerse que para ello no ha de correr suficiente brisa en el comedor, pender sí, como si hubiera calma chicha, que es lo mas seguro. Esta segunda frase ahorra la necesidad de una segunda servilleta, como se requería en la primera; porque el extremo flotante ó colgante—sirve perfectamente, para el desempeño de su principal mision.

Aquel otro caballero que conversa con una tía ó un tío viste *sans facon* y lleva camisa de color, listada ó rayada [aunque dicen que esto es *chique*] poco se preocupa de los accidentes á que ella se halla expuesta; es camisa de carnaval; es camisa de polichinela, camisa que usan en París los *lions*, en Londres los *dandis* y en todas partes los *gana-panes*. Así que, se concreta á sugetar solamente, por una de las esquinas tambien, pero al primer boton del chaleco, dicha pieza, quizá porque teme se le escape.

Eate no viene á ser sino un grado mas bajo que el anterior; pero en ambos grados, bien pudiera verse, según los ojos con que se mire, en vez de servilletas, chorreras grotescas, así como puede verse en el primer caso, si se quiere petos ó corazas. Y en todos ellos aparecen los individuos que con ellas se disfrazan,

como muchachos grandes ó viejos niños, ó como si acabase de hacerles la barba el *Barbero de Sevilla* y fuesen á lavarse; ó finalmente, como protagonistas de sainete.

Las señoras son todo lo contrario en el uso de la servilleta; no la emplean como arma defensiva, sino como puramente preventiva; exponen valerosamente el pecho á los proyectiles que pudieran injuriarlas; y sin cuidarse de su tocado, de sus encantos ni de la riqueza ó valor de sus vestidos, lejos de forrarse con la servilleta, mantienen ésta de reservas, cuando mas sobre las faldas, y para los casos de su aplicación.

¿Qué prueba ésto?

Que las señoras se desempeñan mejor en la mesa que los caballeros, es decir, que saben comer sin necesidad de mandiles ni babadores, excusando disfrases que cambian completa y ridiculamente el aspecto del traje.

Hé ahí pues establecido, como dejamos dicho mas arriba, el contraste que se advierte entre ellos y ellas, en el manejo de la servilleta.

Por quién te decides, lector?—Ah! ya te escucho.—

—Por ellas?

## MIS ILUSIONES

Cual las sencillas flores,  
Mis ilusiones puras  
En la mañana de mi tierna vida  
A los cielos sus pétalos abrieron.

En éxtasis sublime,  
Su arrobadora esencia  
Raudales de purísima ambrosia  
En mi seno suavísima impregnó.

Y sus galanas hojas,  
De mis sienes en torno  
Cual la guirnalda del profeta armenio, --  
Dulces los sueños de mi mente ornaron.

Mas el fulgente rayo  
Del sol que vió nacerlas,  
Vió tambien ¡ay! llevar sus tiernas hojas  
Por las fugaces auras de la tarde.

Por eso, cuando miro  
Marchita y sin colores  
Una flor de su tallo desprendida,  
Yo recuerdo perdidas ilusiones.

ELISA VILLEARZA.

Belgrano, Noviembre de 1876.

## EN FAMILIA

(Traducido del francés.)

### I.

#### MI PRIMER HIJO

Era el 15 de Febrero por la noche. Hacia un frio terrible. La nieve azotaba los cristales y el viento soplabá furiosamente. Entre tanto, mis dos tías, sentadas alrededor de una mesa, lanzaban de cuando en cuando hondos suspiros, y agitándose en sus asientos, dirigian sin cesar miradas inquietas hácia la puerta del dormitorio. Una de ellas habia sacado de una bolsa de piel que habia sobre la mesa su escapulario de indulgencias y rezaba con el mayor fervor, mientras la otra leia agitando los lábios un volúmen de la *Correspondencia de Voltaire*, que tenia muy alejado de los ojos.

En cuanto á mí, paseaba por el salon retorciéndome el bigote,—mala costumbre que no he podido quitarme,—y me detenía con angustia delante del doctor C... un antiguo amigo mio, que leia tranquilamente el periódico, hundido en el más cómodo de los sillones. Yo no me atrevia á turbar su lectura, pero en el fondo estaba furioso por verle tan tranquilo, estando yo tan agitado.

De repente tiró el periódico y dijo, pasándose la mano por el cráneo, que le tenia lustroso y brillante:

—¡Ah! ¡Si yo fuera ministro, esto no dura-

ria mucho, no!... ¿Has leído este artículo sobre los algodones de la Argelia?... No hay más que dos medios: ó las irrigaciones... Pero tú no me escuchas... Y sin embargo, esto es más grave de lo que parece.

Se levantó, y con las manos en los bolsillos empezó á pasear por la sala.

Yo le seguia paso á paso.

—Santiago,—le dije en el momento en que daba la vuelta,—dime francamente: ¿estás satisfecho?

—Sí, hombre, muy satisfecho; mira la limpidez de mi mirada.

Y se echó á reir ruidosamente.

—¿No me ocultas nada, amigo mio?

—¡No seas tonto, capitán! Cuando te digo que todo va bien...

Y volvió á pasear, haciendo sonar el dinero que tenia en el bolsillo.

—Todo va bien, pero se necesita tiempo. Manda que me den una bata. Estaré más cómodo para pasar la noche... y estas señoras me dispensarán.

—Sí, hombre. ¡No faltaba más!...

Yo aquella noche sentia hácia el doctor un cariño extraordinario.

—Pues ya que me dispensan, también podías prestarme unas zapatillas.

En aquel momento se dejó oír un grito doloroso en la habitación inmediata, y se oyeron distintamente estas palabras, dichas con angustia:

—¡Doctor!... ¡Ah!... ¡Doctor!...

—¡Esto es horroroso!—murmuraron mías.

—Amigo mio,—exclamé yo agarrándome al brazo del médico,—no me ocultas nada, ¿es verdad?

—Mira, si las zapatillas son anchas me vendrá mejor, porque mis piés no tienen nada de pequeños... No, hombre, no te oculto nada. Todo va bien, muy bien; pero ya te he dicho ántes que se necesita tiempo. De paso dile á José que me traiga un gorro. Una vez en bata y zapatillas, el gorro no tiene nada de particular, y me voy quedando muy calvo, capitán. ¡Qué diablo de frio hace aquí! Estas ventanitas darán al Norte... Y no hay postigos.

Y como se oyeron nuevos gritos en el dormitorio, añadió:

—Vamos á ver á esa reinécita.

Y entramos en el dormitorio en que mi pobre mujer aguardaba á su hijo en medio de los dolores más atroces. Su madre estaba á su lado diciéndola:

—¡Valor, querida! Es necesario pagar la felicidad. ¡Valor!

Y sonreía; pero gruesas lágrimas brillaban en sus ojos, y de cuando en cuando tenía que volver la cara para limpiárselas. Sobre la cómoda había extendidos dos ó tres paquetes de ropa blanca: eran los primeros trajes del niño que iba á nacer. Yo cogí un gorrito y me lo puse en el puño, que lo ocupó todo entero.

—Ven,—dijo en voz baja la enferma, que me había visto,—ven á darme la mano.

Entonces me atrajo y me dijo al oído:

—¡Te alegrarás mucho al besar al pequeño?

¡Su voz al decirme esto era tan débil y tan dulce!...

—No retires la mano; eso me da valor.

Yo permanecí inmóvil, mientras el doctor, que se había puesto mi bata, se abrochaba los botones.

De vez en cuando mi pobre mujercita me apretaba la mano con extremada violencia, cerraba los ojos como el que padece, pero no daba un grito. El fuego chisporroteaba en la chimenea. La péndola del reloj seguía su monótono tictac, pero me parecía que aquella calma no era más que aparente, que todo lo que me rodeaba debía sentir mi ansiedad y participar de mi emoción. En el dormitorio inmediato, cuya puerta estaba entreabierta, veía yo la cuna, que parecía que esperaba á su futuro dueño.

Lo que yo experimentaba tenía algo de raro; un sentimiento nuevo germinaba en mi corazón: tenía como un cuerpo extraño en el pecho y aquella sensación tan dulce era para mí tan nueva, que estaba como asustado. Aquel ser que aún no había nacido, ya me preocupaba; le sentía acercarse á mí y se me aparecía toda su vida. Le veía á la vez niño y hombre hecho: me parecía que mi propia vida iba á desdoblarse en él, y experimentaba una especie de necesidad irresistible de darle algo de mí mismo.

A eso de las once y media el doctor, como un capitán de buque que consulta un cuadran-

te, sacó su reloj, murmuró algunas palabras y se aproximó al lecho.

—¿Crees que se acerca el momento, Santia-  
go?—le dije.

—Creo que dentro de media hora la pequeña habrá hecho su entrada en el mundo.

—¿Cómo la pequeña? Amigo mío, ya sabes que debe ser chico. ¡Nada de bromas!

—¿Tiene usted algunos indicios?—preguntó mi suegra.

Santiago se echó á reír.

—Esto me recuerda—dijo—que en la casa de Maternidad había un loro que siempre decía...

—¡Calla! ¿Tienes valor de contar historias mientras mi pobre mujer padece?... ¡Valor, querida!

—Precisamente eso es lo que el loro decía á todas horas: «¡Valor, querida!» Illicieron matar al pobre animal, porque se comió una babucha de la madre Ursula.

Pronto los dolores fueron terribles. La pobre que iba á ser madre daba unos gritos que me hacían estremecer. Yo estaba tan irritado por no poder calmar aquellos sufrimientos, que hubiera abofeteado á cualquiera.

Santiago se puso serio, se quitó la bata y la arrojó sobre un mueble. Yo le miraba como mira un marino al cielo cuando se acerca la tormenta.

—Vamos amiga mía,—decía él á mi mujer,—valor; aquí estamos nosotros y todo va bien; ántes de cinco minutos le oírás usted chillar.

Pero la pobre enferma lanzaba gemidos que atravesaban el alma, me apretaba el brazo hasta clavarme las uñas; gruesas gotas de sudor frío corrían por mi frente. Mi suegra, fuera de sí, se mordía los labios, y todas las angustias de la enferma se reflejaban en su rostro. Su gorra se le había torcido y estaba tan singularmente puesta, que en cualquiera otra ocasión me hubiera hecho reír. En un momento dado oí entreabrirse la puerta del salón y vi una detras de otra las cabezas de mis tías, y un poco más lejos la de mi padre, que martirizaba su gran bigote blanco haciendo un gesto que le era familiar.

—¡Cerrar esa puerta!...—gritó con rabia el doctor.

Y en seguida, con la mayor sangre fría del

mundo, se volvió á mi suegra, diciendo:

—Perdone usted, señora.

Pero entónces mi camarada tenía derecho para estar todo lo brusco que quisiera.

La puerta se cerró inmediatamente.

—¿Está todo pronto para recibirle?—preguntó el doctor.

—Sí señor,—repuso mi suegra.

Por fin, despues de un grito espantoso, hubo un silencio, y el doctor levantó en el aire un pequeño sér amoratado, que casi inmediatamente dió un chillido penetrante como una aguja. No olvidaré nunca la impresion que me produjo la aparicion de aquel cuerpecito, que caia de repente en medio de la familia. Nosotros habiamos pensado en él, habiamos soñado; yo le habia visto en su infancia jugando con un muñeco, tirándome del bigote, aprendiendo á andar, ó en los brazos de su nodriza atracándose de leche como un gloton; pero no me le habia figurado inanimado, casi sin vida, tan pequeño, implume, ridiculo... y delicioso, amado á pesar de todo, adorable. Es una impresion tan extraña, que no puede comprenderse sin haberla experimentado.

—¡Tiene suerte el capitán!—gritó el doctor.

—¡Es un chico!

—¡Un chico!

—Y terrible.

—¿De veras? ¿Un chico?

A mí en aquel momento me era indiferente. Lo que me causaba una emocion indefinible era aquella prueba viviente de paternidad, aquel sér que era mio. Yo me sentia atontado ante el gran misterio de la generacion. Mi mujer estaba allí, aturrida, anonadada, y el recién nacido, mi carne, mi sangre, brillando y gesticulando entre las manos de Santiago. Yo estaba absorto, como un obrero que sin saberlo crea una obra maestra. Me sentia pequeño ante aquella obra, y francamente, tenia vergüenza de haberlo hecho tambien, sin saber lo que hacia. No me encargo de explicar esto; cuento mis impresiones.

Mi suegra presentó su delantal, y el doctor puso el niño en las rodillas de su abuela, diciéndole:

—Vamos, salvaje, cuida de no ser peor que el bribon de tu padre. Ahora cinco minutos de expansion. Ea, capitán, dame un abrazo.

Y nos abrazamos de todo corazon. Los ojillos negros del doctor brillaban más que de costumbre. Vi que estaba conmovido.

—¿No es verdad que esto impresioná, capitán? Yo conozco este grito; es una aguja que pincha en el corazon. ¿Dónde está la envoltura? ¡Ah! ¡Iléla aquí! Es muy robusto el pequeño lancero. Abre la puerta á los prisioneros que hay en el salón.

Abri la puerta. Todos escuchaban detras de ella: mi padre, mis tías y mi nodriza, que la pobre vieja habia tomado un coche.

—¿Qué hay?—me preguntaron con ansiedad?—¿Qué hay?

—Se acabó; es un chico; entren ustedes.

Nadie puede imaginarse qué feliz era yo viendo todos aquellos rostros en que se reflejaba mi emocion. Me abrazaban, me estrechaban las manos, y yo contestaba á todas aquellas demostraciones sin saber á punto fijo quién me las dirigia.

—¡Por vida!...—murmuraba mi padre á mi oído reteniéndome entre sus brazos (habia conservado en la mano el baston y el sombrero).—¡Por vida de...

Pero no podia acabar. Aunque queria echarla de hombre, una gruesa lágrima brillaba en sus párpados. Por fin inclinó la cabeza sobre mi hombro, diciendo en voz entrecortada:

—¡Esto es más fuerte que yo!

Y como él, dejé correr mis lágrimas; tambien aquello era más fuerte que yo.

Entre tanto, todos rodeaban á la abuela, que levantaba una punta de su delantal y decía:

—¡Qué hermoso es! ¡Dios le bendiga! ¡La envoltura! ¡Sahumad los pañales! ¡Vengan los gorritos!

—¡Ríete, hijo,—decia mi tia, agitando su escapulario sobre la cabeza del niño; ríe á tu tia.

—Díganle ustedes que recite una fábula,—añadió el doctor.

Entónces mi mujer fué volviendo en sí; entreabria los ojos y parecia buscar algo.

—¿Dónde está?—preguntó en voz débil.

Se la enseñó el delantal de su madre.

—Un niño, ¿no es verdad?

Y cogiéndome de la mano, me atrajo á sí y me dijo muy bajito:

—He hecho todo lo que he podido. ¿Estás

contento de mí?

—Ea, nada de emocion,—exclamó el doctor;—mañana habrá lugar de abrazarse. Mi coronel,—dijo á mi padre, que conservaba todavía su baston y su sombrero,—no les deje usted que se abracen. Nada de emocion, y que salga todo el mundo. Voy á vestir á este lancero. ¡Venga! Ven acá, salvaje. Ahora verán ustedes si me doy maña.

Y cogió al niño entre sus anchas y robustas manos, sentándose en una banqueta delante del fuego.

Yo miraba á mi hijo, que Santiago volvía como una muñeca, pero con suma habilidad; le examinaba por todos lados, tocando y palpando, y á cada prueba decía sonriendo:

—¡Bien constituido! ¡Vaya! ¡Bien constituido!

Luégo le envolvió en los pañales, le puso en la cabecita deaplumada un triple gorro, sujetándolo con un lazo debajo de la barba, y exclamó, satisfecho de su trabajo:

—¿Me habeis visto envolverle? Pues todas las mañanas hay que vestir lo mismo á este lancero. Hasta mañana, agua azucarada... La mamá no tiene fiebre... ¡Este capitán es más afortunado!... Lo que yo tengo es hambre. Es la una de la madrugada. Oye: ¿no habría por ahí una perdiz escabechada ó un pedazo de pastel que no sirviera de nada? Eso me vendría bien, con una botella de cualquier cosa.

Los dos fuimos al comedor, y nos pusimos los cubiertos sin ceremonia.

Nunca he comido ni bebido tanto como aquella noche.

—Ea, anda á acostarte,—me dijo el doctor, poniéndose el gaban.—Mañana por la mañana traeré la nodriza. Y si no, mejor será que venga á buscarte y vayamos á escogerla juntos: eso es curioso. Ponte sobre las armas á las ocho y media.

GUSTAVO DROOZ.

(Continuará)

## AL POETA AMERICANO

NUMA LLONA,

Autor de la "Odisea del Alma"

—

¡Aún resuena en el fondo de mi pecho  
Ese apóstrofe inmenso de tu alma!  
¡Aún chispea mi espíritu, encendido  
En el rayo vivaz de tu palabra!

Hoy que el fuego de tu alma me circunda,  
Hoy que azota mi frente con sus llamas,  
¡Cómo laten mis sienes! ¡cómo hierve  
Tumultuosa mi sangre americana!

¡Qué volcán, en los Andes inflamado,  
Dió á tu pecho el aliento con que abrasas;  
Y que eléctrica nube tempestuosa,  
La tremenda explosión de la borrasca?

¿En qué selva del trópico lujoso,  
En qué oculta sonora catarata,  
Aprendiste la música sublime  
Que en tus versos suspende y embriaga?

Oh! dímelo, poeta!... Muchas veces,  
Solitario, en los llanos de mi patria,  
He pedido á los labios del Pampero  
El enérgico idioma de la Pampa.

Vano empeño! Jamás la lira mía  
Arrancó de sus cuerdas agitadas  
Ni el crujido del trueno en la llanura,  
Ni la música triste de sus calmas.

Dime, cóndor audaz del pensamiento,  
En qué nube, en qué aurora, en dónde se hallan  
Esos tintes de espléndida belleza,  
Que yo puedo tender allí mis alas!

Si; yo siento también, como tú sientes,  
Una fuerza explosiva que me arrastra;  
Un incendio en mi mismo, que deslumbra  
Como un astro deshecho en llamaradas!

Y, admirando la lira de la Grecia  
Que las piedras y fuentes apartaba,  
He soñado el Poeta á cuyo acento  
Retroceda asombrado el Tequendama!

¡El Poeta inmortal del Nuevo Mundo,  
Que recorra sus sendas ignoradas



Con el alma de América en los labios,  
Con el fuego de Dios en la mirada!

El Homero, cantor de sus victorias,  
Que, por cima del humo y la metralla,  
Clave audaz en el Sol nuestra bandera;  
En el Sol, que es la cuna de Atahualpa!

Ah! talvez eres tú! Quizá en tu lira  
Duermen todos los himnos que levanta  
El hirviente cristal del Amazonas  
Y el oleage que rueda sobre el Plata;

Quizá duermen los génius que suspiran  
Del Argentino Paraná en las playas;  
Los que ciñen, tejiendo hébras de fuego,  
Deslumbrante diadema al Aconcagua!

Quizá gimen los vientos melancólicos,  
Cargados con las sombras y las lágrimas  
Que las nubes del cielo de la América  
Desprenden al pasar sobre las huacas;

Y resuena el magnífico concierto  
De tu espléndida tierra ecuatoriana,  
Allí donde á ceñir el Chimborazo  
Baja el Sol de los Incas en guirnalda!...

¡Salve, cóndor audaz del pensamiento!  
Dígnate descender hasta mi estancia:  
Que yo toque contigo las estrellas,  
Aunque rueda despues bajo tus alas!

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires, Octubre de 1876.

## ECOS DE LA ONDINA

**SUMARIO:**—Aspecto de las estaciones—Viaje en el Ferro-Carril—Meditaciones—Dos anécdotas—Un saco de novedades—Fiestas religiosas en la Catedral y Balvanera—El Mes de María—Bailes y conciertos—Baile en el Club de las Lomas—La tertulia de la «Marina»—El concierto de Bimboni—Otra noticia.

¡Habeis asistido lectoras, en los dias feriados, á las estaciones de algunos de nuestros mas cercanos pueblitos?

Si no lo habeis hecho, hacedlo: os aseguro que os divertireis. Figuraos qué efecto no os causará el ver ese tropel de viajeros, que, semejantes á las golondrinas vuelan á tomar campo, y que interesado cada uno en buscar un asiento cómodo en los carruages, corren, se atropellan, se arremolinan, se estrechan unos

á otros, como se baten y se quiebran entre sí, las olas de un mar embravecido.

Y, á mas de esa animacion, causada ya por el alboroto de los pasajeros que quieren subir todos á un tiempo, ya por la voz chillona de una vieja que implora la gracia de todos los santos para que no le magullen su perrita; á mas de todo eso digo, de qué episodios curiosos y lances novelescos no es uno espectador y muchas veces actor.

Voy á releriros amigas mias, una de estas escenas, en que por fortuna fui solo espectadora.

El Domingo pasado viajaba en el Ferro-Carril del Norte: iba ensimismada contemplando las espirales del humo que saliendo en un borhollon negro iban poco á poco acrecentandose en el aire volviéndose tan vaporosas como una gasa, y luego desaparecian de mi vista formando nubecillas que se elevaban caprichosamente á las regiones infinitas.

Al ver que mis ojos no podian ya seguir en el curso de su carrera á las nubes, me decia yo, en esas nubes que he visto formarse y luego desaparecer tan veloces veo reflejarse fielmente el destino de la humanidad. ¡Nacer! ¡Desaparecer!.....

Vino á sacarme de mis meditaciones el agudo silvato que me anunciaba el término de mi viaje.

Bajé y me puse á observar á aquella multitud ávida de gozar las delicias de tan hermoso dia.

De un carriage de primera clase se vió descender á una preciosa jóven, la cual se detuvo muy próxima al sitio que yo ocupaba: en un principio creí que viajaba sola, por qué ya habian transcurrido algunos minutos y no se le hallegaba ninguna persona, pero pronto salí de mi error, pues un caballero de rostro apergaminado, cabellos y cejas tan negras como la... nieve descendió con mucha dificultad, de donde mismo lo habia hecho la jóven; miró con inquietud á uno y otro lado hasta que distinguió á la linda niña que tanto me llamó la atencion.

En ese momento llegaron otras dos personas: una de ellas era un arrogante y simpático jóven y la otra una señora que contaría á lo sumo unos sesenta inviernos.

Las dos parejas de que hablo, aunque en lados contrarios, estaban muy cerca de mí, así es que pude oír perfectamente lo que se decían.

—Mira Laura, le decía el anciano á la jóven, no mires con tanta insistencia á ese mosalvete que está allí.

—No temas, le contestó ella riéndose, lo que me llama la atención no es él, si no su compañera.

—¿Su compañera! ¿Te llama acaso la atención, su juventud, ó su belleza?

—Por lo mismo, amigo mío, al ver que ella es vieja y fea, pensaba que siendo tú idem, idem, harían una pareja admirable. . . . .

Dejé de escuchar á la llamada Laura y su esposo, (no me llameis curiosa, lectoras, pues si lo hago no es por mí y si por vosotras) para atender la interesante discusión que en voz tan baja, que apenas podía percibir, sostenían mis otros dos vecinos.

—¿Ah! ingrato hasta cuando me harás padecer, exclamó compungidamente la señora.

—Pero dime Dolores, dijo el jóven y bajando aun mas la voz murmuró: No, Dolores, no, tormento, infierno ¿cuales son los sufrimientos que te causo?

—Me lo preguntas péfido ¿por que saludaste á esa coquetilla del vestido azul? ¿porque mirastes á aquella otra? ¡Ay! Dios mío que desgraciada soy!

—Pero demonio de mujer, esperas el venir á un paraje público, para empezar con tus ridículos celos y poner el grito en el cielo por que saludo á una conocida ó miro á una linda muchacha?

—¡Oh! si, si, quiero que todo el mundo conozca lo desagradecido que eres con esta mujer que te adora, y que á mas de haberte dado sus riquezas, te ha hecho dueño tambien de una joya de ilimitado precio: su corazón ardiente, apasionado, y. . . . .

—Calla Dolores, calla, cierto es que tus riquezas me han servido para algo, pero en cambio tú corazón, que tanto ponderas ¿para que me sirve? si no es mas que un *chicharon* carbonizado.

—¿Ah! Enrique, siempre eres para mí un Uro!

—¿Ah! esa tenemos, con que soy un *mónstruo*, y tú dime ¿que eres?

—Yo soy, dijo doña Dolores con acento cómico y tratando de dulcificar la mirada de su único ojo: una desdichada criatura bajada del cielo para amar y que cifraba toda mi felicidad en tu amor, yo que loca de dicha deposité á tus plantas mi inmaculada corona de virgen, y el pago que me das es la mas negra de las ingratitudes.

—¿Nada mas que eso, eres Dolores? pues yo te diré lo que has olvidado ó por modestia has callado.

—¿Ah! por fin vas á ser razonable, habla, habla!

—Pues bien, á mas de tener un corazón ardiente, como las cenizas de un hogar desierto, á mas de ser una virgen, aunque has envidiado tres veces, sos una. . . . . arpia y un murciélago con polleras.

—Vamonos, gritó la desilucionada vieja, sin reparar que su grito fué oído por todos y, tomando con fuerza el brazo de Enrique lo arrastró por entre la multitud y desapareció.

¿Verdad lectoras, que con ocurrencias como las que os he contado se pasan ratos muy divertidos, en esas escursiones?

Tengo un saco tan grande de novedades, que no sé por donde dar principio: las fiestas religiosas y los conciertos, se suceden sin cesar, los clubs ya empiezan á abrir sus salones.

Daré principio con las fiestas de nuestro santo Patrono, que han sido celebradas con gran solemnidad en algunos de nuestros templos.

La Catedral era pequeña, para contener á tan numerosa y brillante concurrencia.

Me dicen que Balvanera estuvo el Domingo magnífica, y no lo extraño, pues bastaba el saber que predicaba Fray Marcolino Benavente para que se reuniera allí, si posible fuese, todo el pueblo.

El lunes fui mas feliz; pude oír al respetable sacerdote Veres y Acevedo, el cual se distinguió mucho en su sermón.

Ya se ha dado principio en algunos Templos á el *Mes de Maria*: esa fiesta religiosa tan hermosa, tan sublime.

En medio de aquellos cánticos y celestiales armonías, el alma se llena de un misticismo dulcísimo y cree transportarse entre nubes de incienso al excelso Trono, á ese mas *alta* infinito! . . . . .

Ahora pasemos lectoras á los bailes y conciertos.

El Club Social de las Lomas, abrió el Sábado y Domingo, sus lujosos y espaciosos salones.

Serian las diez de la noche, y ya los salones se hallaban llenos de una selecta concurrencia.

Entre las muchas señoritas que formaban aquella hermosa guirnalda de flores, pudimos distinguir á las de Coll, Blanc, Correa, Reissig, Mendez, Delfino, Grigera, Araujo, Martinez, Zapiola, Roballos, y tantas otras que no pude conseguir sus nombres.

En esta estación los bailes en los clubs de campaña, tienen para mí, mas atractivo que los del Plata ó Progreso; pues á la salida se contempla la verde campiña, iluminada por los primeros rayos del sol ¿y que cuadro mas grandioso puede concebir la mente humana? Con las impresiones palpitantes aun del baile admirar la naturaleza vestida con sus perfumadas galas de flores, los pajarillos saludan á la aurora con su misterioso lenguaje, y sobre todo, en un punto tan pintoresco como las Lomas, se goza de la vista de un delicioso panorama.

La «Marina» dió su tertulia el Sábado.

La pieza «Vivir al vapor» es bastante bonita y fué muy bien desempeñada, pero el que indudablemente se llevó la palma fué el joven Nágera: sostuvo la hilaridad del público con sus graciosas ocurrencias.

En cuanto á la parte de concierto no podia desearse mejor. La bellísima romanza «Stella confidente» cantada por el señor Hezfeld, con acompañamiento de piano, violin, violoncelo y flauta, fué desempeñada con admirable maestría.

Hemos notado que el joven Beovide es un *diletanti* apasionado: lo felicitamos por ello: esa noche en todas las partes del concierto, nos hizo oír los suaves sonidos de su instrumento predilecto.

El «trío» de violin y flauta sobre los motivos de la «Sonámbula» y la «Fantasia» capricho para flauta y piano; fueron tambien ejecutados, como la primer parte del concierto.

La simpática señorita de Medina ejecutó en el piano una pieza preciosa y de mucho efecto.

Las señoritas Mercedes Bilbao, Elisa Roueaug Hortencia Galiano y otra niña cuyo nombre ignora, favorecieron á la Sociedad, esa noche,

con su cooperacion en la parte musical.

Una amiga que asistió á el concierto de Oreste Bimboni, me dice que la concurrencia fué bastante y que el señor Durañona, que era la novedad de esa noche: recibió entusiastas y merecidos aplausos.

Posee Durañona,—me decia—una voz preciosa de barítono y pronuncia correctamente el italiano; con el tiempo será un buen artista.

Otra noticia para terminar. Esta es . . . . adivinadlo . . . pero no, no soy cruel, os lo diré, pues aunque ejercierais la *nigromancia* no daríais con ella: Mi noticia es, que no extrañéis el que la próxima quincena no veais mi Revista, pues he resuelto que sea mensual.

Hasta Diciembre se despidе de vosotras:—  
ADELFA.

## EL PICAFLOR

Como los picaflores  
Que inquietos vuelan  
Y que de ramo en ramo  
Revolotean,  
Asi son los que no hallan  
Calma á sus penas,  
Los que en el pecho, vivos  
Deseos llevan.  
Como esos picaflores  
Tambien yo andaba  
En el jardin del mundo  
De rama en rama;  
Hoy he dado con ella,—  
La flor de mi alma,  
Emblema de la dicha  
Que yo buscaba.  
Desde entónces mis dias  
Tranquilos pasan,  
Y vivo como el ave  
Que está sin alas:  
Para mí ya las flores  
No valen nada:  
Solo hay una en el mundo,—  
La flor de mi alma,  
La que en mis dulces sueños  
Imaginaba.

Doradas ilusiones

Son hoy las alas,

Con que subo á la cumbre

De las montañas,

Y me remonto al cielo

Por donde pasan

Los céfiros que arrullan

Mis esperanzas

Quien, pues, al fin encuentra

Lo que deseaba,

Lo que forjó en sus sueños,

Lo que mas ama,

No es como el pajarillo

Que inquieto vaga,

Que andando y desandando

De rama en rama,

Hoy halla muchas flores,

Mañana . . . . . nada.

TOBIAS GARZON\*

Córdoba, Noviembre de 1876.

## REVISTA GENERAL

**SUMARIO:**—Un nuevo libro—Sociedad musical-literaria—  
Interesantes artículos—Historia del General Belgrano—  
Carta de España—Solucion á la charada—Nuevos sus-  
critores.

En breve aparecerá un libro de poesías que  
llevará por título *Lirios Silvestres*.

Su autora es nuestra compatriota y colabo-  
radora, señora Josefina P. de Sagasta.

En Córdoba se ha instalado una Sociedad  
musical-literaria.

Dicha sociedad está compuesta de las seño-  
ritas mas distinguidas de la sociedad cordo-  
besa.

Su idea es el de fomentar entre el bello  
sexo, el gusto á las letras á la par que la  
música y el canto.

La presidenta de tan digna asociacion es la  
señora Mercedes M. A. de la Puente y la se-  
ñoritas que ya se han inscrito son Luisa é  
Biginia Leiva, Isabel Olmos, Urbana Arredon-  
do y Alfaro, Teresa y Rosa Arguello

Bojo el título de «En familia» empezamos  
á publicar una serie de artículos traducidos del  
frances.

Pertenece á la obra de Mr. Gustave Drooz  
«Mamá, papá y el niño», que ha tenido un éxi-

to asombroso (pasan de 90 sus ediciones) en la  
capital del mundo civilizado.

Nos permitimos recomendar su lectura.

En la próxima semana aparecerá la segunda  
edicion de la obra del General Mitre «Historia  
del General Belgrano»

Es un libro que deben leer todos los argen-  
tinos.

Por falta de espacio no publicamos la inte-  
resante «Carta de España» que nos ha en-  
viado nuestra distinguida colaboradora la señora  
Patrocinio de Biedma.

Irá en el próximo número.

Publicamos enseguida la solucion de la cha-  
rada del No. anterior.

Es tu charada Nenia

Dificil y complicada,

Tiene muchas acepciones

Para mi que no soy vate,

Pero descifrada encuentro

La solucion, CHOCOLATE.

LILA.

Lobos, Noviembre 14 de 1876.

Publicamos á continuacion los nombres de  
las personas recientemente suscritas.

Bazo Gregoria Leal de

Cortina Adelina

Fernandez Irene

Gache Alberto I.

Mendez Señoritas de

Palacios Dr. Aurelio

Spuch Martin

Visconde Tereza

Lamas Rufina (San Antonio de Areco)

Reinoso Sofia S. de

Ramires Jacinta

Acosta Adela (Lomas de Zamora)

Prevende Bernardo

Galvan Aurora (Cármén de Areco)

Alvarez Celestina

Guevara Concepcion

Montaña Julia (Concordia)

Villanueva Juan (Lobos)

Preres Miguel (La Paz)

Bonnadechea Lino

Segros Donato

Fernandez Manuel (C. del Uruguay)